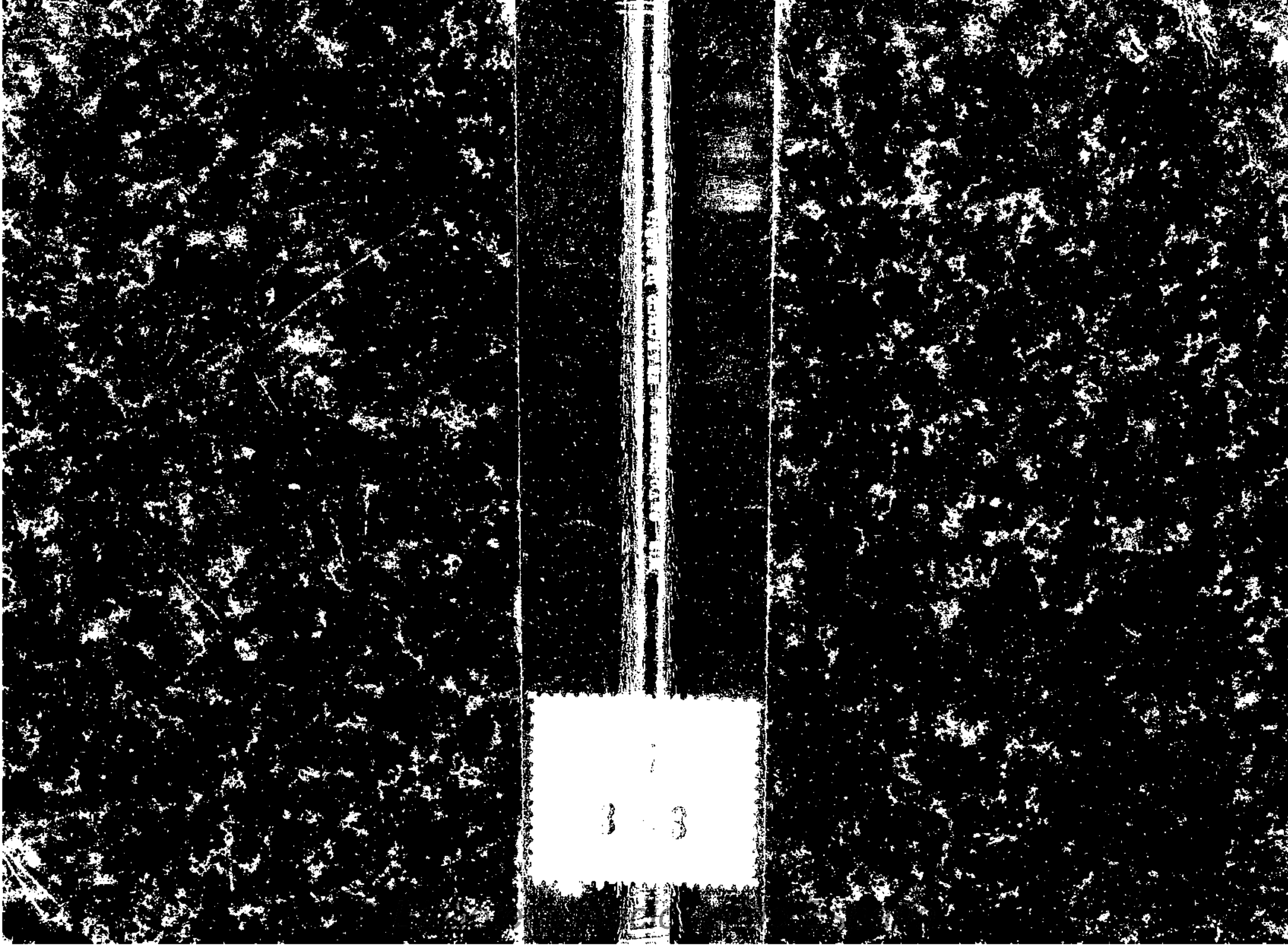
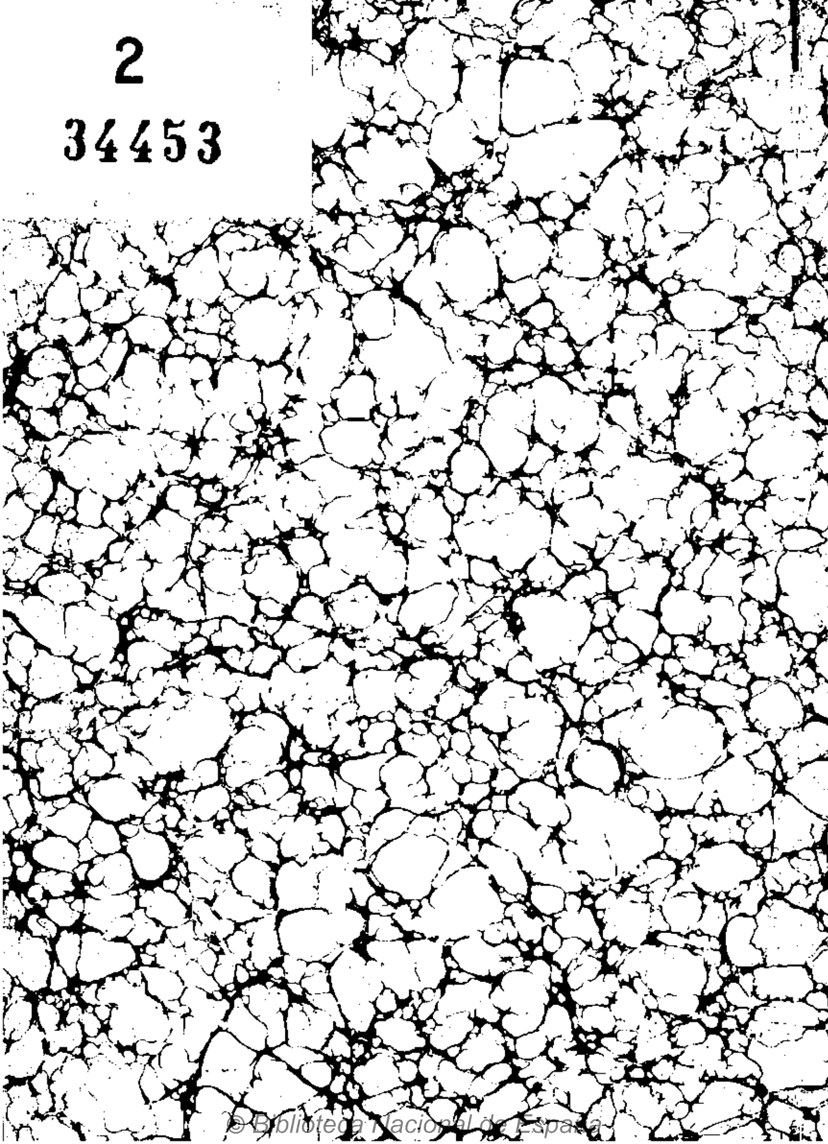
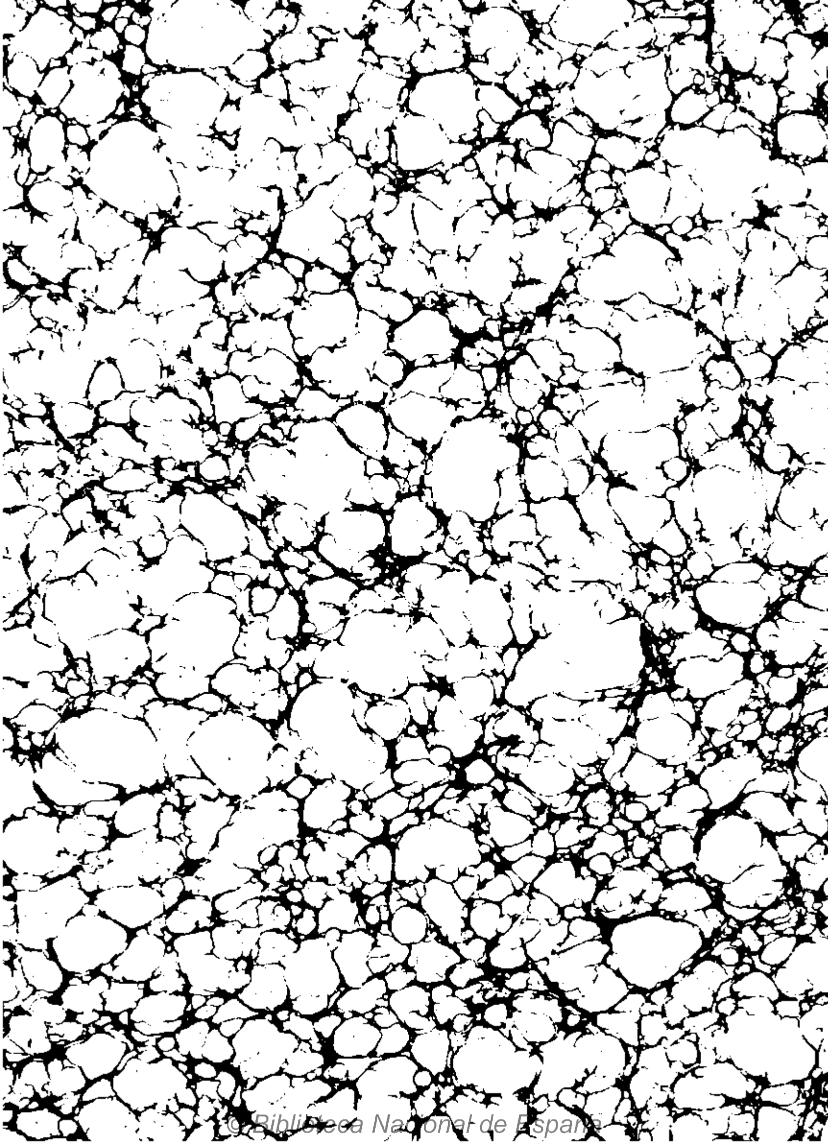








"F. / /"

DEVOCIÓN

DE

SAN FRANCISCO DE BORJA, S. J.

AL

SANTÍSIMO SACRAMENTO

RESEÑA HISTÓRICA

POR EL

R. P. Juan Mir y Noguera, S. J.

Trabajo presentado al primer Congreso Eucarístico Nacional
celebrado en Valencia
en Noviembre de 1893, é impreso á sus expensas.

VALENCIA
IMPRENTA DE N. RIUS MONFORT
1895



DEVOCIÓN

DE

SAN FRANCISCO DE BORJA, S. J.

AL

SANTÍSIMO SACRAMENTO



DEVOCIÓN

DE

SAN FRANCISCO DE BORJA, S. J.

AL

SANTÍSIMO SACRAMENTO

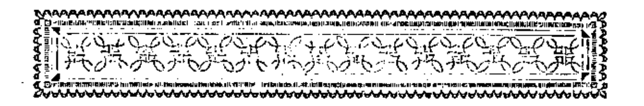
RESEÑA HISTÓRICA

POR EL

R. P. JUAN MIR Y NOGUERA, S. J.

Trabajo presentado al primer Congreso Eucarístico Nacional
celebrado en Valencia
en Noviembre de 1893, é impreso á sus expensas.

VALENCIA
IMPRENTA DE N. RIUS MONFORT
1895



Si quis manducaverit ex hoc pane, vivet in aeternum.

(Jo. VI, 52).

Entre los varones esclarecidos en santidad que en el Reino de Valencia tuvieron devoción al Santísimo Sacramento del Altar, sobresale con eminencia San Francisco de Borja, Marqués de Lombay, Virrey de Cataluña, cuarto Duque de Gandía, tercer General de la Compañía de Jesús.

Del Duque D. Juan, su padre, heredó Francisco el amor al soberano Sacramento. Entre las devociones que profesaba Don Juan, debe contarse la singular reverencia á este altísimo Misterio. Por orden suya tocábase en Gandía la campana de la parroquia una hora antes de llevar el Viático

á los enfermos, y en oyendo la señal, por embebecido que estuviese en lo más sabroso de su ocupación, despedíala al punto y corría apresurado en seguimiento del Santísimo hasta la casa del doliente, á cuya cabecera se ponía y aliviaba con limosnas la molestia de sus males. En el campo, mientras se entretenía cazando, no bien le daba en los oídos la campana del Viático, vueltas al caballo las riendas, clamando *Vamos que nos llama Dios,* arrancaba alegre con presteza por llegar á sazón oportuna á cumplir con su devoción. En la ciudad de Valencia fué visto hacer escolta al Santo Viático á pie, con otros caballeros estimulados por su ejemplo, desde la iglesia parroquial de San Lorenzo, donde tenía el palacio, hasta unas pobres casillas situadas junto á San Miguel de los Reyes.

II. Esta piadosa devoción, bebida en la leche y buenos ejemplos, practicó y acrecentó con más señaladas industrias nuestro Francisco de Borja, y fué el imán de su cariño por toda la vida. Desde muy niño tomaba por entretenimiento hacer altares, ayudar á Misa y remedar al Sacerdote en las ceremonias eclesiásticas, y con estos in-

fantiles ensayos explayaba los afectos de su tierno corazón, sin que el Dr. Ferrán, su maestro, tuviese necesidad de más espuela para guiarle por el buen camino.

Al paso de la edad crecía la devoción. A los doce años, por consejo del confesor, empezó á recibir el divino manjar de la Eucaristía. Comulgó por vez primera en Zaragoza, adonde le había enviado su padre cediendo á las instancias del cuñado el señor Arzobispo; pero la bisabuela D.ª Magdalena de Luna, deseosa de tener consigo á su biznieto Francisco, y de experimentar por sí las maravillas que de su fervor esparcía la fama, rogó al Arzobispo que se le enviase á Baza, donde á la sazón residía. Al verle comulgar con tanta modestia, conoció á vista de ojos cuán vinculada quedaba en el niño la virtud de sus mayores. Aquí cayó gravemente enfermo; recobrada la salud, pasó á Tordesillas, y vuelto otra vez á Zaragoza al lado del Arzobispo su tío, dió principio al curso de filosofía bajo la dirección del Dr. Lax.

El estudio de las ciencias no robó á nuestro estudiante la afición á confesar y comulgar. Bien hubo menester la fuerza

del vino generoso que engendra virginidad el atareado joven cuando las sugestiones de malos consejeros despertaron en su pecho infernales centellas que amagaban dar al traste con su inocencia virginal; pero él, con sólo abrir su alma al padre confesor, que lo era un religioso de San Jerónimo, y con la frecuentación de los Sacramentos, alcanzó del enemigo perfecta victoria, sin que su temperamento sanguíneo y amoroso, ni la lozanía de la edad, ni los consejos de los ruínes criados fueran parte para enflaquecer el vigor de sus castísimos deseos.

III. Contaba diez y siete abriles cuando pasó á la corte de Madrid, donde la flor de la nobleza española andaba en competencia con la hidalguía extranjera. Allí, muy presto, hízose lugar en la opinión de todos aquéllos su arraigada costumbre de oir cada día Misa y de acercarse al sagrado banquete en las fiestas principales. Tanto parecía más asombroso este porte de vida, cuanto Francisco, por la alteza de la sangre y por las raras dotes de alma y cuerpo, competía en hermosura y generosidad con los mancebos más gallardos, y los dejaba atrás en la destreza de las armas, en fatigar un brioso

corcel, en las galas del ingenio, en la bizarría y trato de su persona; prendas que, juntas y bien templadas entre sí, llegaron pronto en alas de la fama á oídos del Monarca, quien, apreciando su raro mérito, concibió la traza de honrarle con el marquesado de Lombay y con la posesión de una esposa la más egregia dama de palacio, digna de tan generosa mano.

El estado matrimonial, lejos de entibiar el fervor de Francisco, avivóle con relevantes aumentos. Afirman los historiadores, que después de casado «comulgaba muy á menudo, y trataba largas horas con religiosos santos, con los cuales era más que familiar, y con los otros señores como extraños» (P. Nieremberg, *Vida de San Francisco de Borja,* lib. I, cap. XIV). En este tiempo, en que sirvió de Montero Mayor al Emperador Carlos V, y de Caballerizo Mayor á la Emperatriz, desde el año 1530 al de 1540, logró por fruto de bendición cinco hijos y tres hijas, todos tales que «cada uno de ellos bastaba á honrar una familia», como solía decir el prudentísimo varón Beato Juan de Ribera, Arzobispo de Valencia. A su familia adiestraba el Marqués con singu-

lar cuidado en la devoción y amor del Santísimo Sacramento.

IV. Al cumplir treinta años de edad obligóle el Emperador á que aceptase el cargo de Virrey y Capitán general de Cataluña. Antes que partiese á tomar posesión, quiso condecorarle con el hábito de Santiago, con el fin de que pudiera disfrutar de los privilegios anejos á tan honrosa dignidad. En los tres años que le duró este espinoso gobierno, la energía en él desplegada y la complicación enojosa de negocios que sobre su vigilancia cargaron, no le fueron motivos bastantes para dormir descuidado en orden á entretejer las virtudes de perfecto anacoreta con las de un perfecto gobernador.

A poco de haber puesto en Barcelona los pies, hollando con denuedo las consideraciones de mundo, se dió á frecuentar la confesión y comunión todos los domingos y solemnidades de la Virgen y de los Apóstoles. Solía de ordinario comulgar en la capilla de Palacio; en los días más solemnes, mirando por la pública edificación, iba á la Iglesia Catedral á recibir la Eucaristía. Notemos de paso que siempre que hubiese de imponer pena capital, fuera de procurar

que los delincuentes confesasen y comulgasen, mandaba decir un treintenario de Misas por cada uno de los ajusticiados.

Los Padres, que durante su virreinato dirigieron el espíritu de nuestro Marqués, fueron los más principales dos, de la Orden de Santo Domingo, el P. Fr. Tomás de Guzmán y el P. Fr. Juan Micó, muy celebrados por sus letras y virtud, los cuales no sólo eran los maestros y guías de su vida interior, pero también sus consejeros en cosas tocantes al gobierno político y civil. La prudencia de estos siervos de Dios le movió á emprender la comunión semanal con alentado provecho de su espíritu, edificación del pueblo y prosperidad de todo el Principado.

V. Disponíase á la comunión con gran solicitud y recogimiento. «En acabando de recibir el cuerpo sacratísimo de Cristo Nuestro Señor, dice el P. Rivadeneyra, quedaba como absorto y suspenso, y comúnmente tan regalado del Señor con las copiosas y suaves lágrimas que derramaba, y con tal blandura y serenidad de su espíritu, que el mismo que la tenía apenas la conocía. Y se maravillaba, y quedaba como atónito considerando su grandísima vileza

y la inestimable é inmensa bondad de Dios que tan sin merecerlo él, así le regalaba». (*Vida de San Francisco de Borja,* lib. I, cap. X).

Exponer la intimidad de sus sentimientos parece ajeno de esta reseña, ni fuera cosa de fácil ejecución á la poquedad de nuestro ingenio. Mas no es posible dejar en silencio un favor extraordinario que el año 1540 recibió. Había propuesto ayunar este primer año de su gobierno, desde los cuatro de Noviembre hasta Navidad, sentándose á la mesa una sola vez al día. Llegada la víspera del Santo Nacimiento, después de pasar siete horas postrado de rodillas en oración, participó del convite eucarístico en la Misa de Noche Buena. Produjo en él esta privilegiada comunión una tan maravillosa ternura de afecto, que (solía después decir) aquella santa noche empezó á conocer cuán poderosos y eficaces son los toques interiores con que Dios visita á las almas. De aquí se resolvió á una penitencia y mortificación tan extremada, que de resultas se le tornó la piel del cuerpo floja y fofa, cual si fuera de cuerpo arrugado ó embalsamado.

Los consuelos y lágrimas eran para él de más precio que cuantos regalos y delicias puede el mundo prometer. «Desde allí, dice Nieremberg, le quedó al Virrey impresa en el alma aquella devoción con estos dos sacramentos de la Confesión y Eucaristía con que perseveró todo el tiempo que estuvo en la Compañía hasta lo último de su vida mortal». (*Vida de San Francisco de Borja,* lib. I, cap. XV).

VI. Corría el año 1542, postrero de su gobierno en Cataluña, y aun no había conocido á ningún individuo de la Compañía de Jesús, fundada dos años antes. El primero que trató fué el P. Antonio de Araoz, por cuya conversación vino en conocimiento del nuevo instituto, con gozo y satisfacción de su alma. Este lance le abrió camino para cartearse con el Santo Fundador, Ignacio de Loyola, de quien pensó tomar consejo sobre el uso y frecuencia de la comunión. Porque si bien no ponía duda el Virrey en que los regalos, lágrimas y serenidad de espíritu que en sus devociones gozaba, fueran señales seguras de acertada dirección, tampoco se le ocultaba que comuniones tan repetidas como las suyas, en aquel tiempo

en que comulgar con frecuencia se tenía por cosa de novedad, daban mucho que hablar aún á gente espiritual y devota. No faltaban, cierto, varones ilustrados y graves que le alabasen y alentasen á recibir semanalmente el cuerpo de Jesucristo, mas á otros no menos doctos se les figuraba poco respeto llegarse cada domingo y fiesta al divino festín un hombre seglar, casado y metido en tantos negocios de mundo como tenía á su cargo el Virrey por razón de su estado y empleo.

En esta perplejidad andaba receloso Francisco cuando acertó á pasar por Barcelona el P. Araoz. El Virrey era humildísimo y deseaba el acierto en sus devociones, y así, no hallándose bien con consejos medios, noticioso de la cordura y santidad de Ignacio, nuestro Padre, resolvió escribirle sus dudas concerniente á la comunión y los varios pareceres que en la materia había oído, rogando á su paternidad encarecidamente tuviese por bien manifestarle lo que había de hacer en el caso.

A la carta del Virrey contestó con la suya Ignacio, declarándole en suma, como lo trae Rivadeneyra, que como quiera que no

pudiese establecerse en la cuestión medida cierta y general, le aconsejaba que pasase adelante sin recelo, comulgando cada ocho días, conforme lo hacía, pues él confiaba que sería cosa utilísima á su alma y de edificación y ejemplo para muchos. (Rivadeneyra, *Vida de San Francisco de Borja,* lib. I, cap. X).

La respuesta ensanchó el corazón al Virrey, ancoró su resolución y acrecentó el buen concepto que de los de la Compañía había empezado á formar. Al paso del Virrey andaba ya la Virreina D.ª Leonor, que también había oído al P. Araoz, y seguía en la recepción de los Sacramentos la regla que veía practicar á su marido, como el sobredicho autor lo testifica (Ibid. cap. XII). ¡Cosa por cierto admirable y fuera del uso común entre los grandes señores, que suelen dejarse vencer por sus señoras en piedad y devoción!

VII. En 1543, el Marqués de Lombay, mientras proseguía gobernando con tanta satisfacción el principado de Cataluña, tuvo noticia de haber pasado D. Juan de esta vida mortal á la inmortal y eterna, y alcanzó del Emperador, no sin dificultad,

licencia para encargarse de sus estados y gobernar á sus vasallos, como en el testamento el Duque difunto se lo mandaba. Partió, pues, para Gandía con tanto sentimiento de los catalanes cuanto consuelo de los valencianos, á quienes iba á edificar con su devoción á Cristo Sacramentado.

La muerte del Duque D. Juan acaeció el día 7 de Enero de 1543. Varón digno de eterna memoria por sus cristianas virtudes. Así lo reconoció Paulo III en el Breve que á Francisco expidió en 6 de Marzo del propio año, consolándole por estas palabras: «Grande ha sido el amor que le hemos tenido como á varón insigne por su autoridad, piedad y virtud, y por el afecto y devoción que á Nos profesaba». Alma generosa, que dejó vinculada la gloria de su nombre en las venerables enseñanzas transferidas á sus hijos.

A su ejemplo, Francisco difundió el suave olor de sus virtudes por los estados de Gandía, sin salir de las prácticas que en Cataluña había empezado á observar. En carta del año 1545, entre otras, poníale San Ignacio de Loyola estas palabras: «Doy gracias á la su divina bondad, porque V. S., según

así he entendido, le frecuenta en recibirle; que ultra las muchas y crecidas gracias que la ánima alcanza en recibir á su Criador y Señor, es una muy principal y especial, que no la deja en pecado largo ni obstinado, mas tan presto como cae, aun en los que son muy pequeños (dado que ninguno es pequeño, en cuanto el objeto es infinito y más, Sumo Bien), la levanta con mayores fuerzas y con mayor propósito y firmeza de más servir á su Criador y Señor.»

Este retazo de carta es un dibujo vivo y cabal del estado, progresos y disposición del Duque, y no sólo demuestra que no se había movido un punto de la dirección dada en Barcelona por los Padres dominicos, sino también expresa el acierto de la actual dirección que Francisco recibía del P. Tejeda, franciscano famoso que le había servido de consejero en su cargo de Cataluña.

VIII. A los tres años (1546) dejóle viudo la duquesa D.ª Leonor, de cuya muerte recibió el Duque tanta pena cuanto era entrañable el amor que la tenía, debido á su mucha virtud y gran prudencia. Contaba Francisco á la sazón treinta y seis años de edad.

Hallóse aquí su amor á Jesucristo más libre y desembarazado para desahogarse con nuevas demostraciones. Para autorizar en Gandía el culto del Sacramento alcanzó del Romano Pontífice señalados privilegios en favor del Deán de aquella iglesia, como quien hacía cuenta que el esplendor sacerdotal daría más lustre al ara de Cristo Sacramentado, á cuyo obsequio dedicó lo más principal de su plata y oro.

Más activo fué su celo cuando hubo hecho los Ejercicios Espirituales que del Beato Pedro Fabro en Gandía recibió. Si en aquella época apenas había en la ciudad y pueblos de la huerta quien no se alimentase cada mes con el Pan de los ángeles, al Santo Duque se debió. Perfeccionando la costumbre introducida por su padre, mandó que antes de salir el Viático por las calles de Gandía, la campana diese la señal por espacio de una hora entera, y así tuviese tiempo y lugar cada vecino de prevenirse, y fuesen todos alumbrando con triunfante escolta á la divina Majestad, entre los cuales descollaba el Santo Duque, acompañado de cuatro pajes con sendas hachas, animando con devota compostura aquel fervoroso escuadrón de fieles.

Más de una vez aconteció hallarse el Duque á dos y más leguas de Gandía cazando (esta era su diversión favorita), emboscado con los cazadores y lebreles en pos de la caza y atronando la selva con las roncas bocinas, cuando avisado de otra voz imperceptible, suspendía de improviso la carrera del caballo, aplicaba oído y daba luego aquel espantoso grito: *suena;* con que dejada la presa, volvían las espaldas y volaban todos á la ciudad para llegar á punto de hacer acompañamiento al Santo Viático. Disposición jurada nos dejó el Duque D. Cárlos, su hijo, de esta maravillosa traza, en la forma siguiente: «Estábamos, dice, algunas veces muy lejos de Gandía, divertidos con la caza, y con todo el pensamiento ocupado intensamente en proseguirla, cuando el bienaventurado Duque, mi padre, se paraba de improviso; y estando un poco con el oído muy atento, gritaba: *suena,* hablando de la señal que se daba en Gandía para llevar el Viático. Todos los demás, por de sutil oído que fuésemos, no oíamos sonido alguno de campana, ni el mayor ruído que pudiese hacerse en Gandía se podía percibir allá una ó dos leguas

lejos, como en el prado del valle de Alfadach (¿Alfahuir?), ó en las llanuras de la Torre de Jaraco; mas él estaba firme en decir que sonaba, y se maravillaba de que siendo mozos y de más vivaz oído, no percibiésemos aquella voz de la campana que él tan claramente oía. Y volviendo la rienda tomaba con presteza el camino de Gandía, y nosotros con él, y hallábamos ser verdad que se había hecho señal á salir en público el Viático». (P. Álvaro Cienfuegos, *Vida de San Francisco de Borja*, lib. VI, cap. IV, § III). Hasta aquí el Duque Don Carlos.

Siempre que el Duque D. Francisco salía de casa visitaba al Señor Sacramentado para pedirle favor y gracia de no ofenderle en aquella salida. A la vuelta reiteraba la visita, y de camino hacía un breve examen de lo tratado y conversado, por si hubiera incurrido en alguna ofensa de Dios ó del prójimo.

No es aquí para omitida la controversia que en 1548 se suscitó sobre la comunión frecuente usada por el Santo Duque y aplaudida por los Padres Jesuítas á quienes había fundado colegio en la ciudad de Gan-

día. En Valencia dividíanse los pareceres de los doctores, aprobando unos, desaprobando otros. la comunión semanal, cuanto más la diaria que el Duque Borja por este tiempo frecuentaba, como luego se dirá. Estas discrepancias obligaron al Santo Arzobispo Tomás de Villanueva á convocar á casi todos los teólogos para deliberar sobre el punto controvertido. Consultado el dictamen de los doctores, sube al púlpito el Arzobispo el domingo siguiente, y estuvo predicando por dos horas. «Antes de acabar el sermón, dice el P. Orlandino, recomendó al pueblo la frecuente comunión en tales términos, que de todo el discurso se convencía cuán de veras otorgaba á todos lugar para recibir la comunión cada ocho días.» (*Hist. Soc. Iesu,* lib. VIII, n. 62). Así puso fin al debate y volvió por la sana doctrina de los Jesuítas, mordidos y disfamados por las lenguas libres de los malévolos.

IX. Bien considerada la vida de San Francisco de Borja, forzoso es confesar que el carácter principal de su espíritu fué el amor y afición á Jesús Sacramentado. Por adelantar su culto extendía las velas

de su ingenioso celo. No bien oía contar la pobreza y desaliño de templos y sacristías, sentíase impulsado á mandarles cálices, custodias y ornamentos, aunque estuvieran lejanos los pueblos, como los envió á las Asturias, diciendo que las perlas, diamantes, sedas y metales fraguábalos la naturaleza para ornato del templo y honra del Criador, y argüía el dictamen contrario de mal disfrazado ateismo.

Al culto del Sacramento consagraba su pericia en el arte musical, que era exquisita y rara. Entre otras piezas compuso una misa. Nunca pudieron recabar de él con ruegos que pusiese en música versos profanos. «Lo que componía era todo para el culto divino, y á canto de órgano, dice el Cardenal Cienfuegos (*Vida de San Francisco de Borja,* lib. II, cap. II, § I), siendo tan celebradas sus obras, que se cantaban en muchas iglesias Catedrales, buscándolas con ansia los maestros de capilla.»

Para propagar el culto de la Eucaristía echó también mano á la pluma. Escribió para la Princesa de Portugal una muy devota *Amonestación para la Sagrada Comunión;* y luego otra no menos afectuosa y

tierna. En su *Dechado muy provechoso del Ánima de Cristo Nuestro Señor,* esparce luces y rayos amorosos con que puedan prepararse los fieles á recibir á Jesucristo en el Sacramento de su amor.

Dignas son de particular mención las elocuentes voces que dirigió á los magnates del siglo en la *Instrucción* dedicada á su hijo D. Carlos. Dice así en el capítulo XV: «¿Qué puede hacer el Príncipe ó Señor cristiano en que pueda mostrar su bajeza ó nada delante de Dios? Y si David andaba de aquella manera delante del Arca, que era la figura, ¿cómo ha de andar el cristiano delante de lo figurado, que es el Santísimo Sacramento, en el cual está aquel maná escondido, los méritos de la vara de la cruz y la perfección de la ley de Cristo? ¡oh! ¡qué lástima es de ver cómo piensan los hombres que hacen mucho en sólo acompañarle, cuanto más andando de la manera que David iba! ¡Oh! si tuviesen ojos, ¡cómo verían cuánto hace Dios en admitirlos y cómo muestra su divina bondad no mandando alguaciles que los echen de allí, pues tienen en tan poco lo que los ángeles tienen en tanto, que es ser ministros de la casa de Dios y asistir en su di-

vino acatamiento!»—Y un poco más abajo exclama conmovido: «¡Oh! qué confusión y qué vergüenza para los que son largos en vestir sus personas y tan cortos en edificar los templos, los altares y las iglesias! Bien muestran los tales que quieren la honra para sí, y traen puesto el amor en sí, y que se tienen por templos, pues así se atavían, y también muestran estar olvidados de la honra de Dios, de su amor y de sus templos». Un alma que con semejante valentía publica sus amorosas quejas, da perfectamente á conocer la honda llaga que el amor de Jesucristo tenía abierta en su delicado corazón. Pero doblemos la hoja; veamos con qué linaje de finezas correspondió el fiel amigo del Sacramento al misterio de la divina caridad.

X. Muerta que fué la Duquesa Leonor, solicitó el Duque ser recibido en la Compañía de Jesús. Admitióle San Ignacio el año mismo de 46 y le concedió la profesión religiosa el año siguiente por dispensa del Papa. La mudanza de vida introdujo mudanza de bien en mejor cuanto al uso de los sacramentos. «Cuando se consagró á la Compañía, escribe el Cardenal Cienfuegos, comulgaba cada día en la capilla ó en el monasterio de

Santa Clara, sino los domingos y otras festividades que comulgaba en la iglesia mayor. Confesábanse dos veces cada día, una antes de comulgar, y otra antes de dormir, para blanquear más la hermosura de aquella conciencia; costumbre que guardó toda la vida.» (*Vida de San Francisco de Borja*, lib. I, cap. XVII, § II).

En este tiempo, mientras se dedicaba al estudio de las ciencias eclesiásticas en la Universidad de Gandía, ó poco después de recibir la borla de Doctor en Sagrada Teología, compuso en latín un librito. digno de eterna memoria, que debió de costar á su ingenio largas horas de trabajo. Imprimióse en Valencia el año 1550. El título que le encabeza dice así, puesto en romance: «Principales y muy necesarias materias de Santo Tomás, redactadas en forma de Letanía por el Ilmo. Sr. D. Francisco de Borja, Duque de Gandía, Marqués de Lombay, etc.» A la fina generosidad del Sr. Rector del Colegio de Corpus Christi, debemos la incomparable fortuna de haber tenido en las manos el ejemplar, entre los escasísimos que en el día se conservan, guardado con tanta reverencia en la Biblioteca del Patriarca.

Lo que hace más á nuestro propósito, es que el santo escritor Francisco de Borja, resumió con gran paciencia é ingenio en su obrita las Tesis de Santo Tomás, contenidas en la tercera parte de la *Suma Teológica*, desde la 73 hasta la 80, en forma de Letanías. Todas se refieren al Santísimo Sacramento, fol. 41. Échase luego de ver en las páginas ocupadas por estas Letanías, muchas en número si se comparan con las Letanías de otros tratados del Angélico, *De Deo, De Trinitate, De Incarnatione,* etcétera, cuánta era la devoción del Santo Duque al Sacramento del Altar, pues tan despacio se regala, y se le revierte el gozo en decir loores á Jesús Sacramentado, como en esta obra se descubre, cuyas páginas monumentales sentimos no poder presentar aquí á la admiración de los doctos.

XI. Después, deseoso el Santo Fundador Ignacio de tener cerca de sí á un tan excelente varón, cuya discreción y experiencia podían serle de gran provecho en los arduos asuntos que se le ofrecían, llamóle á la ciudad de Roma. Mas luego que advirtieron ambos que el Papa Julio III se proponía nombrar Cardenal de la Santa Iglesia al Duque don

Francisco, tuvo éste por mejor restituirse presto á España, escapando del Capelo, porque no se le malograsen las ansias de vivir y morir humilde en la Compañía de Jesús.

Al efecto, en 15 de Enero de 1551 pidió al Emperador licencia para renunciar sus estados, títulos, rentas, en la persona de su hijo mayor D. Carlos. En Loyola recibió á 12 de Febrero la apetecida facultad. Hecha la renuncia de sus bienes, colocados sus ocho hijos en estado conveniente, desnudo del título y renombre de Duque, despojóse del traje secular, vistióse la sotana de la Compañía y se dispuso al Sacramento del Orden, que tanto había de ayudarle á perfeccionar y consumar el amor á Jesús Sacramentado.

Tenía de Roma privilegio para ordenarse *extra tempora*. Con esta ocasión rogó al Obispo de Calahorra fuese servido pasar á Oñate, donde entonces vivía, á conferirle las sagradas órdenes, como en efecto se las confirió en tres días de la semana de Pentecostés. San Ignacio, su General, presumiendo que había ya recibido el Sacerdocio, envióle el parabién en carta de 1.° de Mayo

por estas palabras: «Plega al Sumo y verdadero Sacerdote que, como comunica la potestad tan excelente á V. S., así haga el sacrificio santísimo en sus manos muy eficaz para el bien universal de la Iglesia, y á gloria y alabanza de su Santísimo Nombre.»

Dedicóse el nuevo presbítero á aprender las ceremonias litúrgicas con puntualidad, ocupando en su estudio muchos días, y en ellos preparándose á la Misa nueva con oración y penitencia. De Oñate partió para Loyola, y el día 1.° de Agosto de aquel año 51, en el mismo lugar que San Ignacio había santificado con su nacimiento y que estaba transformado en oratorio, dijo privadamente la primera Misa y en ella regaló por buen principio á su hijo D. Juan, dándole la comunión, la más rica dádiva que un padre puede ofrecer á su hijo.

La Condesa de Ribagorza y Duquesa de Villahermosa, hermana del P. Francisco, quiso en esta coyuntura expresarle la verdad de su fraternal afecto, enviándole una hermosa casulla bordada por sus propias manos, para que el misacantano la estrenase, como en realidad en este día la estrenó. El P. Araoz, al dar á la respetable Condesa

las gracias por tan precioso donativo, le decía: «El ornamento dice bien quién lo envía. ¡Oh! ¡Si V. S. oyera al padre y al hijo cuando le miraban, y lo que decía el padre sobre ser tan rico para un pobre!» (P. Jaime Novell, *La Santa Duquesa,* 1892, cap. XV). Esta casulla guárdase hoy en día en el propio Oratorio de Loyola, donde San Francisco celebró, con grande estima y veneración.

La santidad de Julio III había otorgado indulgencia plenaria en beneficio de los fieles que asistiesen á la primera Misa celebrada en público por el P. Francisco. Codicioso éste de que muchos gozasen la gracia del extraordinario Jubileo, tuvo por conveniente celebrarla en la villa de Vergara, pero tan inmenso fué el raudal de gente, que no hubo otro arbitrio sino salir á campo raso y erigir allí altar y púlpito, donde el Padre cantó la Misa y predicó, día 15 de Noviembre de aquel año 51. Las comuniones sin número hicieron que, habiendo la Misa principiado á las nueve, viniera á terminarse á las dos de la tarde. Durante el sermón, que versó sobre la dignidad Sacerdotal, deshacíanse en dulces lágrimas los oyentes,

aunque no entendieran los más la lengua castellana, de puro gozo, viendo á un Duque santo convertido en celoso predicador.

Retiróse otra vez á Oñate para vacar con más sosiego á la contemplación de las cosas divinas. De allí salía con una campanilla en la mano á enseñar el catecismo y á predicar por aquellos pueblos y aldeas de las provincias, y aun extendía las alas de su celo hasta San Sebastián, Vitoria, Bilbao, Pamplona, con extraordinario concurso de fieles.

Tal estampido dió por Castilla y Portugal la mudanza del santo Duque y el ardor de su predicación, que todos á porfía anhelaban verle, oirle y gozar de su sacerdotal ministerio. Burgos, Valladolid, Toro, Salamanca, Tordesillas, Medina del Campo, Montilla, Marchena, Sanlúcar, Coimbra, Lisboa, Évora, escucharon al predicador de Cristo con increible atención y provecho. Materia ordinaria de sus sermones y pláticas era el uso y frecuencia de los Sacramentos, como lo notó el P. Rivadeneyra (*Vida,* lib. II, cap. VIII), en los cuales señalaba el camino seguro que conduce á la eterna bienaventuranza. A los que oían sus fervientes discur-

sos dábales el corazón tantos vuelcos, que se sentían movidos á mudar de costumbres y á tomar la de confesarse y comulgar cada ocho días, según que el Padre se lo aconsejaba.

XII. Desde que se acostumbró á la comunión diaria en el Santo Sacrificio, suspiraba con vivo afán por acercarse á la augusta Mesa, y habría peligrado su vida envuelta en nubes de aflicción, si le forzaran á privarse algún día de este incomparable consuelo. El verse reducido á la cama y sujeto al régimen de la medicina, el hallarse viajando tan á menudo por montes y páramos, el andar expuesto al calor ó al frío en sus correrías apostólicas, el atravesar por Francia largos trechos entre herejes calvinistas enemigos de la Eucaristía, no fueron motivos poderosos que obligasen á este amartelado amante de Jesús á dejar un sólo día de ofrecer, en tiempo y lugar oportuno, el incruento Sacrificio, ó siquiera de sustentar su alma con el Pan sobresubstancial que formaba su delicia. Contestan esta asiduidad las Lecciones del Breviario, y la confirman unánimes los escritores de su vida. «Cuando iba de camino, dice Riva-

deneyra, por no carecer de este Pan de vida, rodeaba una y dos leguas si era menester para poder decir Misa, ó se quedaba en alguna venta la noche antes, aunque fuese con poco abrigo y provisión, si aquello le venía á cuento para trazar la jornada el día siguiente de manera que la pudiese decir.» (*Vida de San Francisco de Borja*, lib. IV, cap. IV). Por la misma razón, aunque entre año no solía cantarla, aprovechaba para ello la ocasión de hacer los oficios divinos en los tres últimos días de la Semana Santa.

En Évora de Portugal púsole á las puertas de la muerte una grave enfermedad. Ocasionábale un tan profundo letargo, que era fuerza darle tormento para avivar los sentidos; mas en sonando la hora de comulgar, quedaban atónitos los médicos y enfermeros al ver con qué agilidad abría los párpados, casi difuntos, y permanecía así despierto por dos largas horas sin pestañear, hasta que volvía luego á amodorrarse y á quedar tronco aquel soñoliento cadáver, sin volver en sí si no es á la comunión del día siguiente. Muchos casos parecidos podrían citarse en abono de su especialísima devoción.

Dejándolos por innecesarios, cien genuflexiones ejecutaba cada día, como canta la Iglesia en su sexta Lección, y diligenciaba cuanto le era posible fuesen á visita del Tabernáculo. Si el estado de la salud no le permitía las ciento, por lo menos siete veces al día buscaba el imán de su cariño para visitarle y desahogar en su presencia el anhelante pecho. Si en los viajes tropezaba con él en algún templo, postrábase en la dura tierra, y extendidos los brazos en cruz, ofrecíase víctima de amor al pie del ara santa. En la calle detenía el paso, y se refugiaba en la iglesia donde hubiese Sacramento.

Siempre que era dable lograrlo, en los colegios y casas donde paraba, pedía el aposento y en él ocupaba el sitio desde el cual pudiese alcanzar con la vista á Cristo cautivo en el Sagrario. Como quiera, comulgaba espiritualmente cada hora del día, y con estos devotos ensayos se apercibía á la comunión sacramental del día siguiente. En las siete visitas antes mencionadas se ocupaba en contemplar muy despacio las siete efusiones de la sangre de Cristo, en la circuncisión, en Getsemaní, en los azotes,

en la corona de espinas, en las manos, pies y costados; por estos sangrientos raudales pedía sendos dones, sendas virtudes, sendos remedios y victorias de los vicios contrarios, y al fin en cada paso rezaba un Padre Nuestro y un Ave María.

XIII. No bastan últimamente palabras, por ponderativas que sean, para expresar las industrias que sugería á este espiritual varón su amor al Sacramento del Altar. En retorno la divina bondad extremó sus privilegios con su fiel siervo para dejar á los siglos por venir clarísima y autorizada la verdad de su devoción. Privilegio ilustre fué aquella especialísima luz con que, alumbrado su entendimiento, echaba de ver y olía como de lejos seguramente si en alguna parte se custodiaba ó no el divino Sacramento. Con ocasión de visitar diferentes iglesias, en las excursiones que hizo por Francia, al ver que ardían lámparas en una capilla en señal de majestad, no les cabía duda á los que le acompañaban que hubiese allí reservado; sólo Francisco, por lumbre superior, aseguraba que no le había. Al revés, no pocas veces, entrando en una ermita ó choza rústica, sin haber lámpara

encendida, decía como cosa averiguada que allí se guardaba, siquiera mal asistido, el augusto Sacramento de la Eucaristía, como en verdad resultaba ser así, aunque no pudiera barruntarse por el exterior aparato.

La Sagrada Congregación de Ritos, en la la causa de su canonización, alega el testimonio del Papa Clemente VIII, que apellidó eximio y casi continuo milagro *(eximium fuit et continuum fere in eo miraculum)* el instinto sobrenatural con que el Santo Borja divisaba con certeza al divino Señor oculto en el Tabernáculo, por más que el templo estuviese convertido en montón de ruinas, y siquiera se dudara cuál fuese el altar ó sitio en que el Santísimo se encerraba. Al primer paso hacia la iglesia ó capilla sentía un ímpetu de vivísima fe y un como un extraño resplandor de claridad que le notificaba con entera certidumbre hallarse presente en aquel lugar el amado de su corazón.

XIV. Con estas veras, el uno regalando regalos, el otro sirviendo, Cristo con favores, Francisco con esfuerzos se mostraban los dos amigos mutua correspondencia de amor. Teatro de la amorosa porfía era el

altar. Aquí levantó Jesús á su devoto siervo á la mayor privanza, dispensándole las últimas prendas de su bondad. Para merecerla, preparábase Francisco con humildísimas consideraciones que le bañaban de confusión y vergüenza.

Al ir á tomar el amito empezaba á mirarse como á lobo cruel en cuyas garras entregábase de voluntad el mansísimo Cordero. En los otros ornamentos contemplaba los ropajes y sogas que el Salvador quiso admitir para merecerle á él con el sufrimiento la vestidura de gloria. Cuando se aproximaba al altar revolvía en su corazón aquellas espantosas amenazas del Exodo, fulminadas contra los alevosos que se llegasen á la falda del santo monte. En el *Introito* y *Gloria* avergonzábase de tener que cantar con lengua inmunda en tierra extraña los himnos de alabanza que los ángeles entonan á la excelsa Majestad. En las *Oraciones* quedábase humillado y corrido de verse hecho medianero de las almas que con su tibieza y mal proceder había escandalizado. Igual afrenta sentía en la *Epístola* y en el *Evangelio*, y le salía á la cara la vergüenza de verse constituído predicador de la buena

nueva el que había seguido tanto tiempo máximas y costumbres contrarias.

Al *Ofertorio* disponíase más de cerca al tremendo sacrificio; cubierto de rubor el semblante, ofrecía al Padre celestial la víctima sacrosanta que con sus maldades había fieramente despedazado. En el *Memento* se representaba á la imaginación con gran viveza las escenas del Calvario, y después de aplicar el Sacrificio por los altos fines que el Redentor tuvo presentes en la Cruz, recreaba y apacentaba su espíritu con mil regalos y dulzuras, sin quitar los ojos de las cinco llagas, en cada una de las cuales oraba por las necesidades públicas y privadas, de esta forma.

En la llaga de la mano derecha encomendaba á Dios, al Papa, Cardenales, Obispos, Superiores, órdenes y clases de la jerarquía eclesiástica. En la llaga de la siniestra rogaba por el Emperador Carlos V, por Felipe II y demás príncipes cristianos. En la del pie derecho introducía todos los justos de la tierra, y en la del izquierdo los pecadores, herejes, cismáticos, idólatras y gentiles. Finalmente, por la llaga del costado entrábase todo corrido y como afrentado

el mismo Borja, y allí hacía oración por los hijos, hermanos, nietos, y muy especial por su amada Compañía.

Al calor de los afectos levantaba su alma el vuelo á lo más alto, al corazón de su amadísimo Redentor, y le decía amores, y recibía caricias y daba cumplida satisfacción á su hambre de Dios; en tan santos pensamientos pasaba hasta la consagración. Aquí dábale un temblor de todo el cuerpo, con tal efusión de lágrimas y sollozos que le duraba hasta consumir. Por esta causa érale forzoso esconderse en lo más interior de la casa para decir Misa con sosegado desahogo.

Acabada la *Consagración*, fijo en el misterio de la cruz el pensamiento, descendía en espíritu á la carcel del Purgatorio, solícito de apagar con los raudales de la sangre eucarística aquel espantable incendio, y singularizaba en este segundo *Memento* aquellas almas á quien debía particular memoria y determinada obligación, con las cuales juntaba las más necesitadas y solas. En cuanto hubiera de tocar la Hostia consagrada, acudía á la Santísima Virgen suplicándola le enseñase á tratar con amor

reverencial á su divino Jesús allí presente. Al *Agnus Dei* pedía al Discípulo querido y á la Magdalena le comunicasen un vivo sentimiento de amorosa contrición.

Al sumir recogía toda la atención y fuerza del espíritu, y haciendo viático del Sacrificio se comulgaba á sí propio con el mismo afecto que si hubiese acto continuo de dejar la vida. Así quedaba absorto con elevación de potencias, puestos los ojos internos en Cristo Jesús, á quien tenía en el pecho, como en sepulcro, y entre mil coloquios y dulzuras rogábale despertase su alma á nueva vida en obras, palabras y pensamientos.

XV. Con razón debemos inferir que en el altar fué donde más explayó Francisco las velas de su devoción. En la primera parte de la Misa caminaba su espíritu á paso ordinario; en llegando al *Canon* suspendía el vuelo y permanecía inmóvil tardando una, dos, tres y tal vez cinco horas en bajar de su extática suspensión. Un día empezó la Misa á las diez, y á la hora de vísperas no se había aún arrancado de la Sagrada Mesa á causa de un éxtasis que le sobrevino. A las cuatro de la tarde lleváronle al aposento

sin sentidos, y no tornó á recobrarlos hasta que el hermano Marcos, que le servía de acólito y tenía á cargo su persona, le mandó por obediencia volver en sí, y en seguida obedeció, señal clara de haber sido sobrenatural y milagroso aquel extraño accidente.

Lances tales fueron frecuentes en Borja durante la Misa. Los desmayos y arrobamientos obligaban á llamarle en alta voz y á tirarle reciamente de la casulla, para que engolfado en el océano inmenso de las divinas misericordias, no se eternizase en el altar. Traza del hermano Marcos era salirse á veces á cumplir las ocupaciones domésticas, en tanto que el Padre subíase al cielo en alas de la contemplación y cebaba el alma con feliz dulzura.

Con todo eso, cuando celebraba en público, tenía buen cuidado de medirse al tiempo y á las circunstancias del concurso. En verdad, no todas veces era dueño de sí; pero tan altamente sentía del Padre Francisco el pueblo, y con tanta reverencia le miraban, que en ciertas ocasiones en que la Misa pudiera parecer eterna por lo larga, estaban todos atentos y sufridos, llevando sin pesadumbre cuatro buenas horas de sa-

crificio, como quienes sabían cuán regalado era de Dios, y cuánta parte les cabía á ellos de aquella deleitosa duración.

XVI. El amor de San Francisco á Jesús Sacramentado había de acabar con su vida. Porque como el Papa Pío V quisiese utilizar la prudencia del Padre, que era ya General de la Compañía, para que en las Cortes de España y Francia ayudara al Cardenal Alejandrino á tratar con estos reyes del importante asunto de la Liga, el humilde siervo de Dios, bajando la cabeza al Vicario de Cristo, se unió al Legado Apostólico y partió de Roma con tanta más resolución y presteza, cuanto le convenía huir de la Tiara pontificia, con que algunos Cardenales pretendían honrar su santidad, así como antes repetidas veces había declinado el Capelo. Llevada á cabo la Legación, regresaron á Italia. El día de la Purificación quiso el Padre celebrar, pero halló en aquel paraje, á las puertas de Italia, la Iglesia tan maltratada por los herejes hugonotes, convertida en infame cueva, demolidos los altares, rotas las aras, que sólo quedaba en pie, por señal de culto, una piedra que antes había servido de altar.

Por fortuna traía nuestro Santo, consigo, altar portátil con ara, ornamentos y lo preciso para el Santo Sacrificio al aire libre. Conforme á su antiguo propósito de no pasar día sin Misa, no obstante el frío y la lluvia que por doquier le penetraba, púsose á decirla, y con tantas bascas y congojas de espíritu la dijo, que desde aquella fecha nunca más pudo reparar el daño del golpe. Aceleró el fin de sus días el viaje penosísimo que le restaba hasta Roma, adonde llegó exhausto de fuerzas. No le faltaba más que expirar, como á la verdad expiró, recibidos los Santos Sacramentos con vehemencia grande de afecto, en 1.° de Octubre del año 1572, á los sesenta y dos de edad.

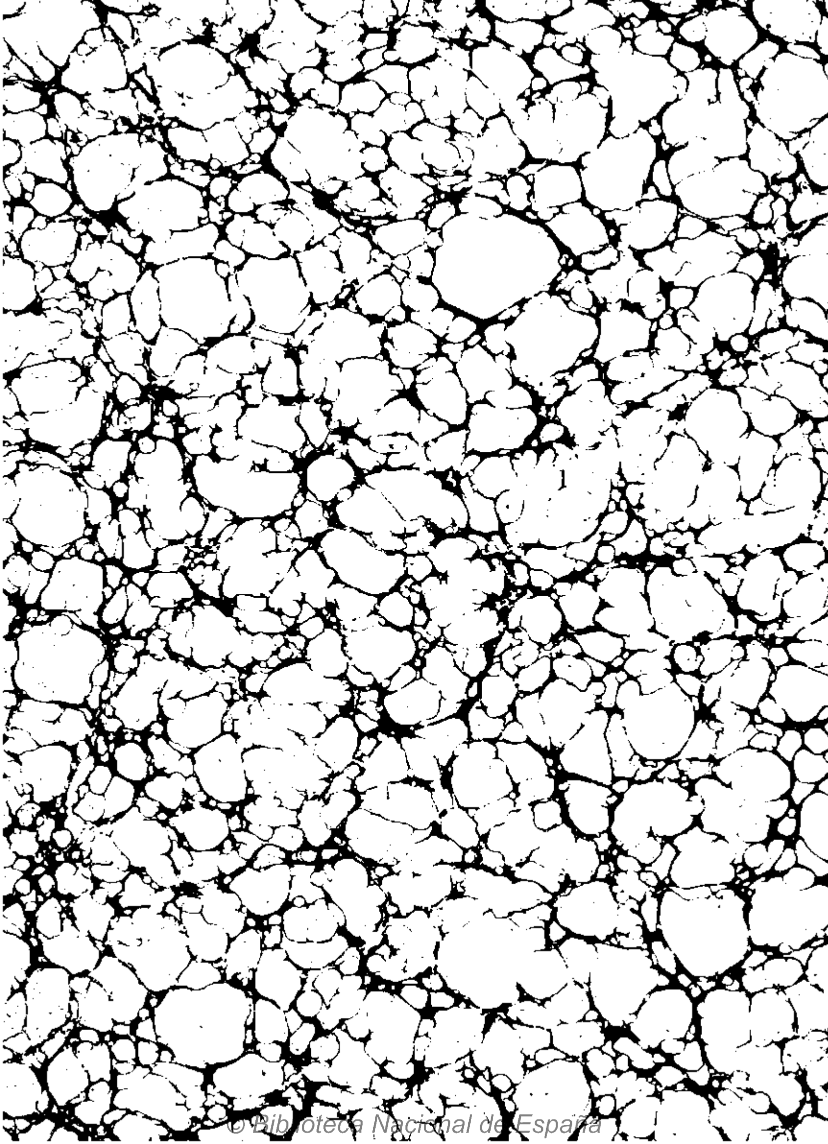
Murió víctima de la devoción al Santísimo Sacramento.

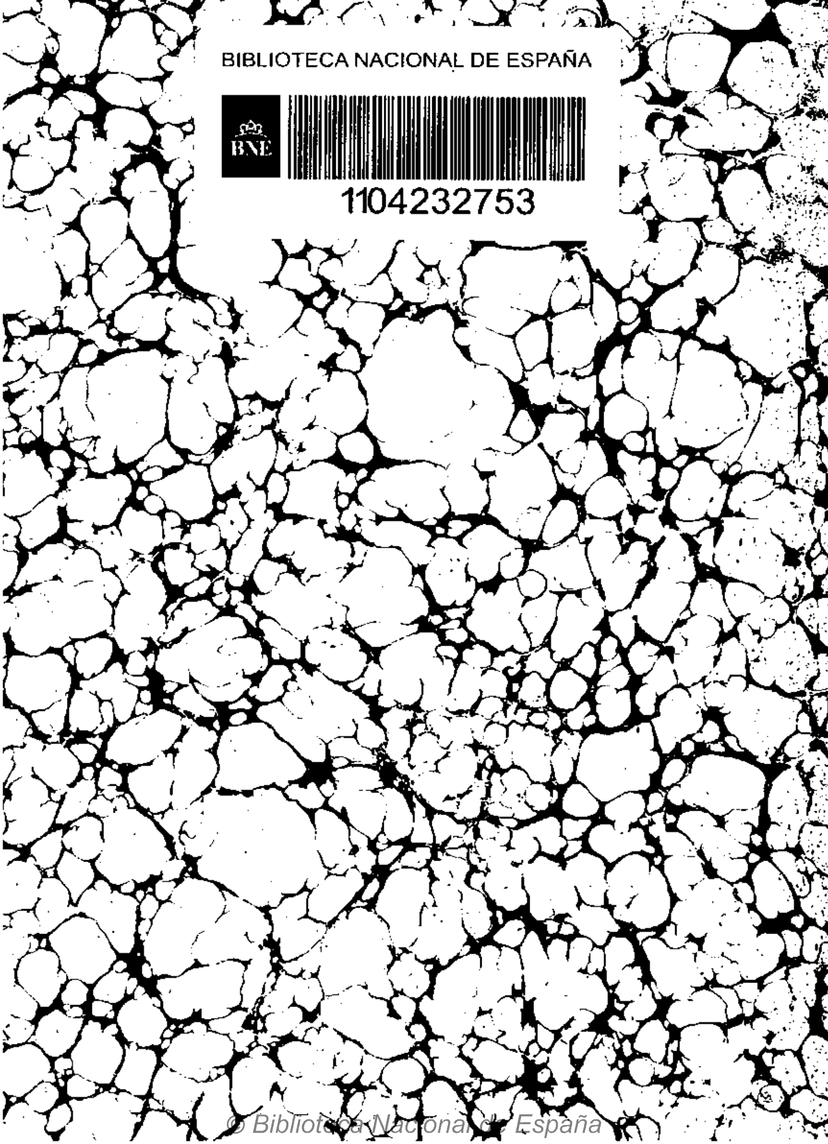
Así convenía que acabase el prestantísimo amador de Jesús que había empleado su vida en servirle y en imitarle. A relevante mérito realzó sus obras aquel afán de juntarlas en la intención con las de Cristo Jesús. Si andaba ó estaba quedo, durmiendo ó velando, á pie ó á caballo, en salud ó enfermedad, se doliera de sus culpas ó llorase las ajenas, entre injurias ó entre hon-

ras, seglar ó religioso, siempre y en todo lugar tuvo por dechado su vida la vida de Cristo Jesús, siempre miró presente á Cristo Jesús, siempre llevó puesta la consideración y el afecto en las íntimas entrañas de Cristo Jesús, de donde como de raíz le brotó la devoción á Jesús Sacramentado.

FIN






BIBLIOTECA NACIONAL DE ESPAÑA
BNE
1104232753